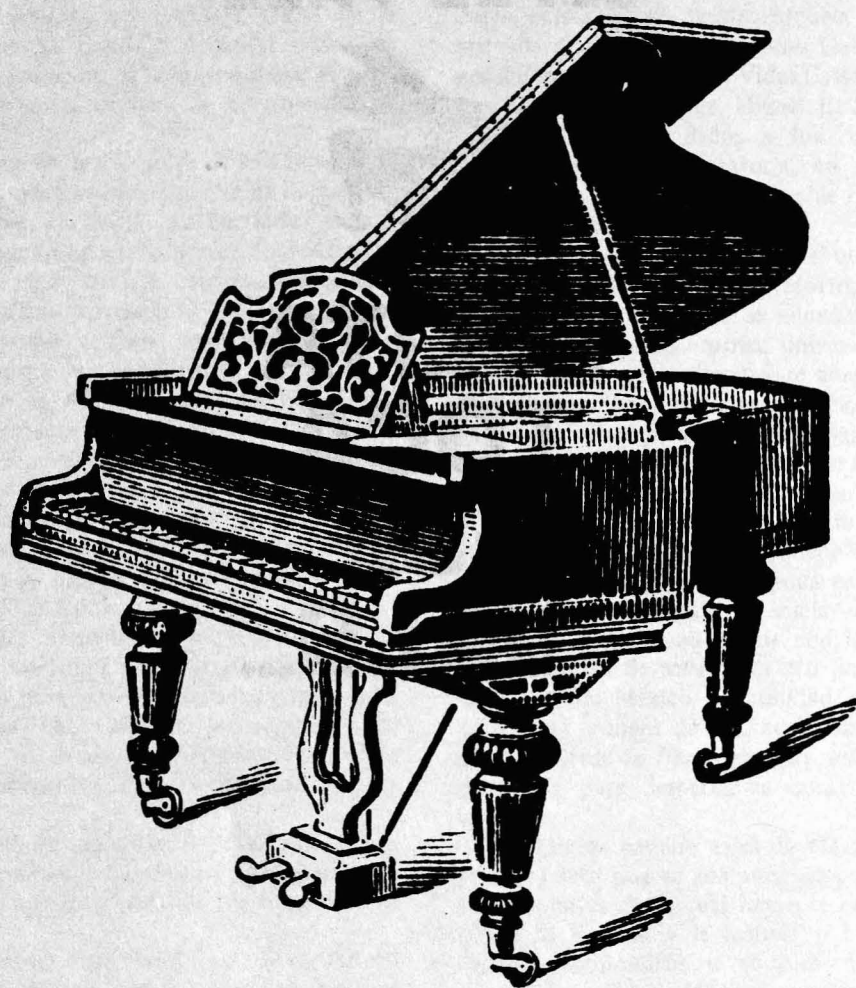
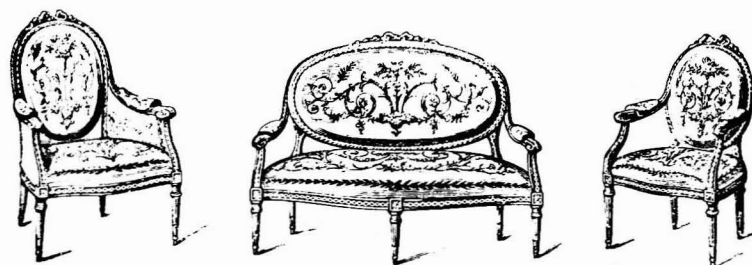


**JORGE
LOPEZ PAEZ**



**LOLITA
TOCA
ESE
VALS...**





A Federico Ramírez le gustaba despertar admiración. No discriminaba: podía ser la del bolero, el sastre, la gran variedad de clientes que tenía, la de un adolescente amigo de alguno de sus sobrinos. Tan pronto como lograba esa admiración procuraba cultivarla por un lapso que llamaremos prudente, pues podía variar: desde dos tardes, a dos años, según la importancia de la persona por cautivar.

Yo había caído víctima de sus filtros desde que fui compañero de él en la Preparatoria Nacional. A Federico la vida no le costaba trabajo domeñarla. Cosas que para mí eran imposibles él las resolvía con una sonrisa. Además siempre era de lo más servicial, un libro, una torta, hacer una gestión, apartar un asiento en la clase. Poco tiempo después no podía prescindir de él.

—Vamos a tomarnos una copa— proponía yo.

—Vamos, pero antes acompáñame a dejar este sobre que me encargó mi tío.

Por supuesto que gustoso accedía yo. Metros antes de llegar al edificio donde debería entregar el sobre, Federico se detenía: “¡Tonto que soy! No te dije que debo ir a cobrar estas rentas. ¿No te importa acompañarme, verdad? . Y yo secundaba sus gestiones. A las nueve de la noche, cansado, yo me excusaba: “Ya no puedo más. Tengo que irme a la casa a cenar”.

—Te invito una torta. . .

—Tengo que estudiar.

—Nos tomamos la torta con una cervecita. ¡Andale!

Y ya en la cantina Federico abría su portafolio.

—Caramba. Tengo que pegar estos timbres en los recibos de las casas de mi tío.

Y yo sin decir palabra iba pegando los timbres a los recibos.

Y esto que acabo de contar era uno de sus hábitos. Siempre prolongaba sus quehaceres, los que siempre le redituaban. Otras veces él era el que invitaba, casualmente, pero con fiero entusiasmo.

—Mañana que tenemos examen podemos quedarnos a comer por aquí cerca de la escuela.

Y para llegar a esta situación ya antes habíamos recorrido medio centro, entrado a varios edificios, a subir escaleras, a oír discusiones insulsas sobre la maldad infinita del gobierno, y la rapacidad sin límites de sus funcionarios. Yo llegaba a comer con mucha hambre, y después me invadía un cansancio tan fuerte que me impedía abrir el libro. Me juraba que no volvería a aceptar ninguna invitación de Federico. Y rechazaba una o dos, pero a la tercera volvía a caer víctima de una de sus trampas: y ahí estaba

pegando timbres, yendo a oficinas inimaginables, escuchando quejas o bien postrado en una prolongada antesala.

A medida que pasaron los años fui conociendo a las personas más disímboles y extrañas: fabricantes en pequeño de ropa de niños, sastres, plomeros, ancianas rentistas, refugiados españoles y de otras razas. Y con ninguno de ellos hice la menor amistad. Yo era el acompañante del que “pintaba como un gran abogado”. Delante de mí le hacían invitaciones para comer o cenar o para apadrinar a algún niño. Casi siempre las invitaciones las extendían a mí, aunque siempre tuve el cuidado de tener preparada una excusa.

Años después conocí al señor Golden. Judío marsellés. Un hombre que parecía un percherón: fuerte, robusto, con un cuello de toro, y rojo de vitalidad. Para ese entonces mi amigo Federico Ramírez trabajaba como gestor en una compañía fraccionadora. Esta era muy poderosa: grandes fraccionamientos en la capital y en Acapulco. El señor Golden tenía negocios con esta compañía. Cuando trabé conocimiento con él la amistad entre éste y Federico parecía más antigua que la mía. Sabían estar horas y horas contándose chistes de todos colores, sin tocar ningún aspecto personal de ellos. Al señor Golden lo dejé de ver durante varios meses, hasta que un día pasó por mí Federico Ramírez para ir a comer, pues tenía infinidad de cosas que contarme y necesitaba mi consejo.

—Mira Jorge— me dijo seriamente tan pronto como estuve sentado a su lado en su automóvil— lo que tengo que contar es bastante serio. Necesitamos estar ya instalados, tranquilos, sin que nadie nos moleste para que empiece.

—Pues este es el sitio perfecto.

—No, no Jorge, antes—

—¿Antes qué? — pregunté agresivo.

—No me escuchaste bien. Te dije que necesitábamos estar tranquilos, aquí no podemos estarlo porque antes tengo que ir a recoger unos papeles a la casa de Golden. ¿Te acuerdas de él?

—Sí.

—Eres muy intolerante. Te juro que nada más voy a recoger unos papeles. No me dilataré.

—Yo me quedo en el automóvil.

—Siempre tan receloso.

—Y tú siempre tan tramposo.

Bajó Federico, no sin antes prometerme que no tardaría en su gestión. Quise prender el radio, pero me di cuenta que Federico, siempre ahorrativo, se había llevado la llave. No tenía nada que



leer, por fortuna Federico me había dicho que estaría de regreso en unos minutos. Me entretuve viendo a unos niños jugar con una pelotita, y más que contemplar el juego, observaba con atención cómo no morían atropellados con tanto automóvil que transitaba. Sentí una mano sobre mi hombro. Me sobresalté y lancé una imprecación atropellada y sonora. Me volví: el señor Golden, en mangas de camisa, sonriendo.

—Mi esposa y el licenciado Ramírez te están esperando.

—¿Esperando?

—A tomar la copa, a comer.

—Pero es que yo—

—Noy hay “yo” que valga. Mi mujer desde ayer hizo el *boeuf bourguignon* que tanto le gusta al licenciado Ramírez.

Me le quedé viendo con seriedad. Su actitud me desarmaba, pero a la vez me vino una rabia tremenda contra Federico.

El señor Golden sin preguntarme abrió la portezuela.

—No querrás que venga mi mujer por tí—, y dio un paso hacia la puerta.

—No Jack, Iré a tomarme la copa y a hablar con el licenciado Ramírez.

Desde que subí por la escalera me llegaron los exquisitos olores de una buena cocina. La puerta del departamento estaba abierta, como si hubieran supuesto que Jack y yo íbamos a venir inmediatamente. Federico platicaba con la señora Golden. Esta era una mujer muy femenina de mejores modales que su marido.

—No quería subir— explicó Jack Golden.

—Pero licenciado, si yo lo mandé a invitar con el licenciado Ramírez— respondió calurosa Emile Golden. Busqué la mirada de Federico Ramírez, pero este escogía con gran atención las almendras saladas más grandes que había en un recipiente sobre la mesita de la sala.

Inútil referir que me quedé a comer, y que la señora Golden era una cocinera de primera, con todas las tradiciones del centro de Europa y el refinamiento del sur de Francia. Terminamos la comida con varios cognacs. También es inútil referir que Federico Ramírez no me hizo ningunas confidencias, aun después de que nos fuimos juntos en su automóvil.

Si he contado este incidente se debe a que quiero hacer constar que de todos sus amigos y conocencias con los únicos que me ligó agradecimiento y amistad fue para con los Golden, pues con el personaje, digamos principal, de este relato, no tuve lo que propiamente podría llamarse una liga amistosa. Para ese entonces ni

siquiera lo había oído mentar. Pero no está de más que haga registrar su nombre: Armando Puntaguda.

A la casa de los Golden volví algunas veces. Emile Golden se tomaba la molestia de llamarme para ofrecerme su casa, para que yo le hiciera el honor de visitarla. Yo para mis adentros pensaba que “qué honor ni qué ocho cuartos”. Y a pesar de que tenía poco de qué hablar con Jack, con su mujer me entendía realmente bien. Y si había el “*Gemutlichkeit*”, tan celebrado por Harold Nicholson, esto es:

“The adjective *gemutlich* and the substantive *Gemutlichkeit* imply both an atmosphere and mood. The atmosphere is one of heavy gentility, porcelain stoves, draped portieres, Turkey carpets, and sofas and arm-chairs of plush. In the *Empfangszimmer* the ladies gather round a table. They do not talk very much, but consume large quantities of coffee and cream cakes. The men retire to the *Herrenzimmer*, where they drink beer. The smell of dead cigars clings to the curtains and through it pierces the thin little smell of anthracite. The double windows are sealed against the snow outside.

The mood of the company is in accord with these surroundings. It is a kindly, amicable, comfortable, somewhat lethargic mood. The English words that best define both the atmosphere and the frame of mind are the words ‘intimate and cosy’. Those who dislike the atmosphere might condemn it as “smug and Fug! . . .”

Se debía a ella, solamente a Emile Golden. Tiempo después, en una de estas reuniones empecé a oír, con bastante insistencia el nombre de Armando Puntaguda. Jack, que era mejor imitador que Federico Ramírez, repetía con su acento, mezcla de alemán y francés, las frases, muy espololotas de Armando Puntaguda.

Creo que he dado la impresión de que iba mucho a la casa de los Golden, y no fue así: llegaba a su casa una vez por mes, o casualmente tomaba una copa con Jack, siempre ante la presencia de Federico Ramírez.

No voy a referir algunos detalles chuscos de mi relación con los Golden, como por ejemplo cuando Federico Ramírez se me presentó con ellos, sus dos hijos, y dos amigos, sin previo aviso, en mi casa, en Veracruz, precisamente la víspera de Navidad. Pero estas situaciones nos acercaron más.

La primera vez que vi a Armando Puntaguda fue poco después de esta visita de ellos a Veracruz. Caminaba de prisa hacia mi trabajo cuando oí la estridente voz de Federico Ramírez, que me llamaba a gritos. Venía en compañía de un hombre alto, de unos



treinta y cinco años, rubio, bien parecido, y con un aire excesivamente fanfarrón.

—Te llamo por teléfono —le dije a Federico, con la intención de no retrasarme un solo momento.

—No seas arisco. Acércate, te voy a presentar al ingeniero Puntaguda.

Lo saludé, y me retiré con premura.

En mis visitas intermitantes a la casa de los Golden volví a oír el nombre de Armando Puntaguda. Se reían, tanto Jack, como Federico de las fanfarronadas de Armando, de sus desplantes, de sus aires de galán afortunado. Y según escuché, en sus viajes, no había mujer fácil que se le escapara: meseras, cantantes, recamareas. En una cantina me contaron que una mesera de un restaurante de Culiacán había venido a seguirlo, y como la sola dirección que tenía era la de la casa de Armando hasta esta llegó. Armando se desayunaba con su esposa cuando le informó una sirvienta que una mujer lo esperaba en la puerta.

—¿A mí? —preguntó incrédulo.

—Sí, a usted, y no quiso entrar.

—¿Cómo se llama?

Y la sirvienta fue a preguntarle. Al volver y decirle el nombre Armando derramó la taza de café. Exclamó: “¡Lo había olvidado!” Y sin más abandonó la casa.

La mesera no se quería regresar a Culiacán, y permanecía horas y horas sentada en el automóvil esperando a Armando. Diez días duró el apuro de éste, y había jurado nunca jamás acostarse con otra mesera.

Y como esta anécdota había otras muchas, de las que no siempre salía bien parado el amigo de Federico y de Jack. Y yo había olvidado las situaciones y el nombre de Armando Puntaguda, si no hubiera contemplado una escena que todavía recuerdo.

Un viernes me habló por teléfono Emile Golden, me invitaba a comer al día siguiente, haría un pato *à l'orange*. Y el sábado, a las dos de la tarde, estaba yo tocando el timbre de la casa de los Golden, seguro de que ahí estaría Federico Ramírez. La misma Emile abrió la puerta, sonriente y amable.

—Qué bueno que es puntual. En la sala está el ingeniero Puntaguda. ¿Ya lo conoce, verdad? Platique por favor con él, mientras yo termino algo por aquí —dijo señalando hacia la cocina.

Saludé al ingeniero Puntaguda. Tenía en la mano un vaso con whisky.

—¿Quiere uno?

Y sin esperar a que le constestara se levantó y fue hacia un carrito cantinero. Comprendí que era generoso con las bebidas ajenas, pues había vertido en mi vaso una cantidad tal que llenaba una tercera parte de él.

—Ingeniero, ¿usted quiere que me emborrache?

—A eso nos invitaron.

Alcé mi vaso y dije salud. Nos quedamos en silencio saboreando nuestras bebidas.

—¿Qué tal el partido del domingo? —dijo Puntaguda.

—¿El pasado o el que viene?

—Rediez, el del pasado. ¡Estupendo!

—Pero ¿de qué?

Y me vio estupefacto, como si pensara que le estaba tomando el pelo, y yo tuve que agregar: “No me gustan los deportes”.

—Pero entonces qué hace los domingos en la mañana.

—Bueno. . . —Y sonó entonces el timbre de la puerta.

Alharaquientos se presentaron Jack Golden y Federico Ramírez. Y vinieron los abrazos y las risas al saludarse con Armando Puntaguda. Y Jack, sin ninguna pregunta se dirigió al carrito cantinero y sirvió sendos jaiboles. Brindamos todos. Y era tan excitante su entusiasmo que me contagié de él. Mi melancolía desapareció, como un dolor de cabeza después de tomarse una aspirina. Y me reí y volví a brindar. Y sintiéndome muy de la casa fui a la cocina para traer a Emile Golden, quien en ese momento daba de comer a sus hijos. Al volver al grupo todos brindamos por Emile, la que advirtió que en diez minutos serviría la comida. Hubo una protesta general, pero ella, con su manera dulce explicó que el *soufflé* una vez metido al horno no hay manera de echar reversa y como si se tratara de acumular reservas para un viaje largo, se apuraron los jaiboles, y de nuevo se llenaron los vasos.

No terminábamos el *soufflé* cuando Jack abrió la primera botella de vino tinto, y a ésta siguieron dos más. La comida la gustamos sin excepción, y fue coronada por exquisito dulce. Y no recuerdo qué mano colocó una botella de buen cognac y de anís en el centro de la mesa. De repente me vi con una copa llena brindando por no sé qué, quizás hasta por mi salud, cosa que me hizo recapacitar: si tomaba una copa más no podría salir de esa casa. Con toda discreción me bebí dos tazas de café bien cargado y presencié las cuatro o cinco rondas de copas que tomaron todos, con excepción de Emile y de mí.

Intempestivamente se levantó Armando Puntaguda, con la mano en la cintura, y en una postura bastante oratoria dijo:



—Quiero que vayan todos a la casa. Tengo un cognac excelente.

—Pues éste que estás tomando es del mejor— agregó, muy agresivo, aunque riéndose, Federico Ramírez.

—¡Rediez que es bueno! , pero yo quiero que Jorge conozca a mi mujer y a mis hijas.

—Lo que pasa es que tienes que pasar revista —volvió a terciar Federico Ramírez—. Después de la última que hiciste, a las siete, porque si no. . .

—No es así, y si lo fuera he puesto un pretexto muy bueno.

Reímos, y nos levantamos. Emile se me acercó y me dijo: “Jack no puede ir así. No debe”. Federico, Armando y Jack ya estaban en la puerta.

—Yo me despido de ustedes— dijo perentoriamente Emile—, y antes de que se vaya Jack quiero hablar con él un momentito.

Jack se desprendió del grupo y habló un breve momento con Emile. Y para asombro de todos al volver Jack junto a nosotros dijo, suavemente, pero con firmeza que no nos acompañaba. Y sin ninguna insistencia de nosotros los abandonamos. De repente me dio miedo irme con ellos. Estaban muy borrachos, pero desistí: era imposible una retirada.

La casa de Armando Puntaguda estaba lejos, muy lejos, y si ahora tratara de encontrarla no sabría fijarla si cercana a Tlalpan o por el rumbo de Villa Alvaro Obregón. En cambio sí recuerdo que la casa permanecía en la oscuridad. Armando, para anunciar su llegada tocó el claxon repetidas veces. Las luces continuaron apagadas. Al llegar a la reja, oprimió el timbre, una, dos veces.

Se prendió una luz, y por una puertecita se asomó una mujer, Armando gritó: “Prendan las luces, qué no oyen que soy yo”. La mujer cerró la puerta. Armando no podía abrir la reja, el ojo de la cerradura era muy chico para la llave que pretendía meter. Federico Ramírez se reía. Por fortuna las luces se prendieron y Armando pudo ver el ojo de la cerradura con claridad. La misma mujer que se había asomado estaba parada frente a la puerta de la entrada, pues había olvidado mencionar que entre la reja de la entrada y la casa había un jardín.

—¿La señora? —preguntó con un tono de extrañeza Armando.

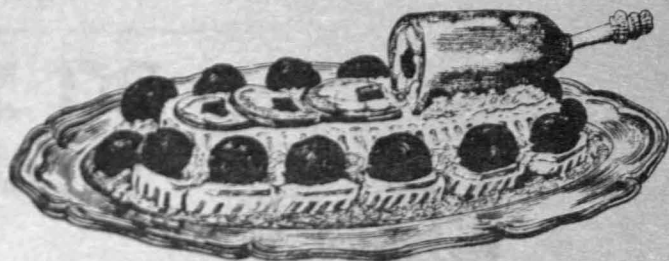
—No sé, señor.

—¿Está en la casa?

—No sé, señor.

Armando nos hizo pasar a la sala. Llena de muebles pesados y un gran piano de cola.





Mientras Armando ordenaba hielo, Federico dijo: "No creo que tú puedas tocar eso".

—Yo no lo toco, ni nunca te lo he dicho. La que lo toca admirablemente es mi hija Lolita. Ojalá y la pudieran oír.

—A mí no me gusta la música clásica —agregó Federico Ramírez.

—Toca algo de eso, y de lo otro, unos vales preciosos —precisó Armando Puntaguda.

—¿De veras? —Interrogó, incrédulo, Federico Ramírez.

La criada, con un gesto de disgusto, dejó el hielo sobre el primer mueble que encontró. Federico sirvió tres jaiholes. Al recibirlo Federico protestó: "¿No que tenías tan buen cognac?"

—¡Rediez, lo había olvidado!

Y Armando abandonó la sala. Federico Ramírez, riéndose, explicó: "El cognac se lo tienen bajo llave. No creo que le den ninguna botella".

—Mejor vámonos.

—Tu viniste conmigo y conmigo te vas. Quieres que me atropelle un automóvil. Si algo me ocurriera mañana te sentirías muy mal.

Y ante esa amenaza, me acomodé en el sillón, y examiné la sala. El sofá era inmenso, los sillones pesados, y sobre un gran muro había una pintura de unos seis metros de largo, por dos de ancho, en la que aparecía una escena campestre española, con muchos personajes, cuando menos tres generaciones y en el Fondo un grupo de campesinos bailando la jota.

—Esos los pinta el suegro. A tí que te gusta la pintura vamos a decirle a Armando que te consiga uno.

—Por favor, Federico, no vayas a hacerme una trastada de esas que acostumbras.

—¿A poco no te gusta esa pintura?

—Mmm, mmm, mmm.

Y mientras trataba yo de identificar a Armando en la gran pintura, oí el sonar de una nota en el piano. Me volví y era Federico, que sentado en el piano, veía con atención un busto de Beethoven, que estaba sobre la tapa del instrumento. Luego siguió tocando con insistencia una sola nota, de las agudas, como si estuviera oprimiendo un timbre, y esta operación logró el resultado apetecido: Armando se presentó.

—¿Y la botella? —preguntó, juguetón, Federico.

—Primero vamos a saludar a mis suegros. Los están esperando

allá arriba, en el estudio.

El estudio era inmenso, y todas las paredes cubiertas por pinturas, así como varios caballetes. En un rincón había un sofá y dos sillas, ahí estaba reunida la familia: un señor como de unos sesenta y cinco años, su mujer un poco menor y la esposa de Armando Puntaguda.

—¡Carmela, creí que no estabas en la casa! —exclamó, con fingido asombro, Federico Ramírez.

—Oí cuando tocaron, pero como no sabía de quién se trataba, no quise bajar. Uno nunca sabe con quién va a llegar Armando. Y velo cómo es, ahora no presenta al señor —dijo señalándome.

—Bueno, bueno, cómo voy a hacerlo si tú no me dejas ni hablar —protestó Armando, y me presentó con ella y con sus suegros, después agregó: "Usted don Julio", le dijo a su suegro, "nos va a acompañar con un cognac, verdad?"

—Uno, pero muy pequeño, tú sabes—

—Carmela, saca la botella de cognac —ordenó Armando. Mientras tanto me acerqué a un caballete a ver una de las pinturas en proceso. Inmediatamente sentí la presencia de alguien junto a mí. Era el suegro de Armando, don Julio.

—Esta pintura la he comenzado tres veces y no me sale. La primera vez fue en la República Dominicana—, y continuó hablando, al tiempo que me enseñaba unas cien pinturas. Cuando terminó con las que tenía en el estudio me invitó a acompañarlo al piso superior a donde había unas doscientas o trescientas más. Al abandonar el estudio pude ver a Federico Ramírez que platicaba con gran animación con la esposa y la suegra de Armando Puntaguda. Todos tenían en la mano una copa de cognac. Para fortuna mía el suegro no me mostró toda su producción sino sólo una veintena de sus mejores cuadros. Estornudando regresé al estudio, y no acababa de sentarme en un escabel cuando llegaron dos niñas, una ya adolescente de trece años, que dijo llamarse Lolita, de la otra sólo recuerdo que era rubia, y con muy bellos ojos.

Nos besaron a todos. No sé quién lo propuso, pero alguien lo hizo, de que bajáramos a la sala. Quizás alguna persona de la familia para que estuviéramos más cerca de la puerta de salida. Armando trajo consigo la botella de cognac, ya bastante mermada. Tan pronto como estuvo instalado Federico, dijo:

—Armando, yo quiero oír a tu hija.

—Al rato, rato, a poco te estás aburriendo.



—Es que yo no creo que tu hija toque bien el piano.

—Pero ¿por qué dudas de mis palabras? Mira, nada más termino de beberme esta copa y voy por ella.

Y efectivamente así como la terminó desapareció por la puerta.

—Federico, ya vámonos, yo ya estoy muy cansado.

—Espera, espera, estoy seguro que tienen el piano nada más por “apantallar”. Así son estos españoles—, y a continuación siguió hablando Federico por muy largo tiempo. Creí a medida que lo hacía que eran ciertas sus aseveraciones, pues Armando no regresaba. Por fin apareció. No podía ocultar su contrariedad.

—Así que termine la tarea baja.

—Bien decía yo —repuso retador Federico— que algo iba a pasar para que no la oyéramos.

—Te digo, y tengo palabra de español, que la oirán.

—Será otra vez.

—Ahora, en este momento — y Armando abandonó la habitación.

Volvió acompañado de su esposa Carmela, como si ésta pudiera ser un baluarte, contra las puyas de Federico.

—Me dijo Armando que estuvieron muy contentos en la casa de los Golden. Es una lástima que no hubieran venido, *así hubiera podido platicar con Emile.*

—¿Qué no le gusta hablar con nosotros? — repuso Federico.

—Sí, claro, pero no es igual. Ustedes tienen sus cosas que decirse y nosotras las nuestras.

Se hizo el silencio, yo no sabía qué hacer o qué decir. Por fin Federico se levantó, al principio creí que era para despedirse, pero se dirigió al lugar donde estaba Armando Puntaguda, que era, precisamente, donde estaba la botella. Armando se levantó, con intención de ayudarlo, y Federico algo le bisbiseó al oído. Después de los pasos del regreso de Federico, el mismo silencio. Luego se levantó Armando, y sin decir una sola palabra tomó del puño a Carmela y abandonaron la sala. Momentos después se oyó un gran portazo. Armando se presentó en la sala, y como si temiera algún nuevo reto de Federico dijo:

—Espera.

Y aguardamos bastante tiempo. En la puerta apareció Lolita, con la cabeza baja, y ahí permaneció. Una mano la empujó. Lolita estaba dispuesta a no moverse de donde había quedado después del empujón.

—Lolita, ¿no vas a tocar? —preguntó con un tono que a duras penas podía contener su impaciencia. La niña permaneció en su lugar con la cabeza baja. Luego, Armando se levantó colérico, pero como si lo estuvieran espiando entraron en la sala sus suegros, el pintor se dirigió a Armando diciéndole: “Está nerviosa, ahora va hacerlo”. En tanto la señora acompañó a Lolita a la banqueta del piano. El suegro arrimó una silla cerca del sillón donde estaba sentado Armando, como si temiera otro ataque de ira, o como si fuera a gozar del concierto. Federico abandonó su copa y adoptó una actitud muy circunspecta, como si verdaderamente quisiera oír tocar.

La abuela y la nieta discutían quedamente, entonces se oyó la voz de Armando:

—Lolita, toca ese vals, precioso.

Lolita alzó los hombros, se arremolinó en la silla. La abuela le bisbiseó algo en el oído, y Lolita comenzó a tocar. Yo tenía mis copas, pero mis orejas estaban limpias, y ese Bach de Lolita no tenía nada que ver con el difunto. Terminó el prelude. Lolita iba a levantarse, pero Federico, con gran naturalidad le preguntó a Armando: “¿Y el vals?”

—Lolita, toca ese vals. . . precioso.

La muchachita sollozando apretó las teclas, y transcurrió el vals. Al terminar Lolita se levantó y jirimiqueando, seguida de su abuela, abandonó la estancia. No alcanzó a oír los aplausos sin entusiasmo de Federico. El suegro se volvió a ver a éste, dio unos sequisimos “Buenas noches”, y se retiró.

Nos quedamos en silencio. Armando se levantó y sirvió otra ronda de copas, luego se sentó, y en actitud de reto le dijo a Federico.

—En mi casa se hace lo que yo mando.

Federico no contestó. Yo anuncié que me retiraba, y Federico no protestó.

Al despedirnos Armando nos invitó a volver: “Y quizá ese día no tenga mucha tarea Lolita. Entonces verán cómo toca ese vals”. Yo *in mente* le agregué el “precioso”.

Hacía frío, y era temprano. Todavía acompañé a Federico a tomarse otras copas. No registro aquí lo que sucedió después, será para otra ocasión, pero eso sí, por supuesto, no volvimos a la casa de Armando Puntaguda a oír el “vals precioso”. Después me enteré que se había divorciado.